

***La Academia Militar***  
**León Trotsky**  
**8 de noviembre de 1918**

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 1, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 166-173; también para las notas. Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Academia Militar el 8 de noviembre de 1918, en el día de su inauguración.)

¡Camaradas profesores y alumnos de la academia! ¡Invitados! Permitidme felicitar a los alumnos, profesores y, en la persona de los invitados, a todos los ciudadanos de la república soviética, con motivo de la inauguración de la Academia Militar, la más alta institución militar docente del Ejército Rojo Obrero y Campesino.

La academia nace demasiado tarde. Nosotros queríamos abrirla antes, porque ni el departamento de guerra ni el gobierno, en su conjunto, dudaron un solo día, como es natural, de la necesidad que tenía el ejército de un establecimiento militar de enseñanza superior. La mayoría, si no todos, conoce las circunstancias que frenaron y en cierto momento impidieron la reanudación de los estudios en la Academia Militar<sup>1</sup>. Sólo ahora, más de un año después de la revolución de octubre, hemos tenido posibilidad de reunirnos aquí para celebrar juntos la inauguración solemne de la más alta institución militar docente de la Rusia obrera y campesina.

Antes de nada, quisiera disipar un *quid pro quo* frecuentemente ligado a los problemas del ejército y del arte militar. Existe el prejuicio, o al menos una forma externa de prejuicio, no siempre sincero, según el cual el ejército, la ciencia militar, el arte de la guerra, las escuelas militares, pueden permanecer al margen de la política. Esto no es cierto y nunca lo ha sido. En ninguna parte es así y nunca lo será. Uno de los más grandes teóricos del arte militar, el alemán Clausewitz, escribió que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Con otras palabras: la guerra es política, realizada con los duros medios del hierro y el fuego. Y así es. La guerra es política y el ejército es el instrumento de esa política. La academia es una institución necesaria para el ejército, y por consiguiente para la política. El *quid pro quo* reside en que durante las épocas en que las instituciones y las ideas se transmiten hereditariamente de generación en generación, cuando los contemporáneos no ven cambios, virajes, la política pasa desapercibida, como el aire. El ejército era el instrumento de la política que llevaban las clases dominantes de entonces. La culpa no es de nadie, en particular. Aquí, entre nosotros, entre los profesores, hay muchos que han trabajado permanentemente en el viejo ejército, y yo no dudo (nadie de vosotros tiene motivos para dudar) de que trabajaron con las mejores intenciones, honradamente, pero en virtud de las condiciones históricas objetivas el viejo ejército, las viejas instituciones suyas, incluidas las docentes y las científicas, eran instrumento de aquella política (monárquica, aristocrática, burocrática) que en los últimos decenios se conjugó con la política capitalista. Hemos atravesado una revolución profunda, una de las revoluciones más poderosas de la historia. Si hasta no hace mucho alguno que otro podía pensar, o desear, o temer, que esta revolución fuera una casualidad, o el resultado de nuestra barbarie ancestral (en occidente nos han lanzado este reproche), ahora, después de la revolución alemana, donde la rueda del destino aún no se ha detenido y gira en la misma dirección que la rueda de la historia rusa, después de la revolución en Austria-

---

<sup>1</sup> Al ser evacuado Petrogrado, la antigua Academia Militar Nikolaevskaya fue trasladada a Ekaterinburg. Durante la rebelión de los checoslovacos una parte de los alumnos de la academia fue utilizada para trabajar activamente en los frentes rojos. Un grupo ínfimo, encabezado por el director de la academia, Andogsky, y parte del profesorado, fueron trasladados a Kazán al ser evacuado Ekaterinburg, y en Kazán cayeron en manos de los blancos. Esta circunstancia retardó en varios meses la organización de la Academia Militar Roja y su apertura.

Hungría y de los primeros síntomas de revolución que observamos en países más al oeste, para cada persona que piense, aunque en el pasado no perteneciera al partido revolucionario, queda claro que hemos entrado en una nueva época de la historia mundial, en la que todos los acontecimientos se mueven según leyes homogéneas en medios nacionales diferentes. Alemania sólo ahora nos alcanza, en cuanto a vías y formas del desarrollo revolucionario, y pronto nos adelantará. Después será el turno de Francia, Inglaterra y otros países capitalistas. Por doquier la política cambia, el organismo social se transforma, nuevas clases dominantes entran en escena, clases que asumen temporalmente la dominación para poner fin a todo desarrollo de las clases y a toda dominación de clase. Nosotros vivimos este momento de transición, cuando las viejas clases dominantes, las clases que explotaban a las masas, han sido derribadas, o están en trance de serlo; cuando las nuevas clases dominantes, las clases trabajadoras, toman en sus manos el sistema para destruir los fundamentos mismos de la dominación de clase y para transformar la sociedad en una sola colectividad metódicamente organizada, la cual trabaje, produzca y se defienda sobre principios cooperativos o comunistas.

Es claro que en un periodo así el ejército debe reconstruirse, debe formar un frente unido con aquellas clases que han tomado el poder en sus manos. Es claro que la academia, como institución espiritual superior de este ejército, debe alinearse con todo el Ejército Rojo Obrero y Campesino. Debe despojarse, en la medida que lo permita la naturaleza misma del objeto, del academismo superficial, de todo lo que se asemeja al pedantismo, a la escolástica, a la rutina, a todo mandarinato; desembarazar de costras y cáscaras el núcleo mismo de los conocimientos militares, el núcleo que debe, sobre todo ahora, cuando nos encontramos bajo el palo de la presión militar internacional, tener un carácter utilitario directo y profundo, es decir, debemos aprender para inmediatamente enseñar a otros y aplicar en la práctica todo lo aprendido. Estamos obligados a defendernos y queremos defendernos bien, es decir, con la mayor economía de fuerzas, de medios y de sangre de nuestro Ejército Rojo Obrero y Campesino. Ciertamente, nuestra situación no es fácil, que digamos, pero si echamos una ojeada a estos cuatro años de guerra mundial debemos llegar a una conclusión: la historia modificó la relación mundial de fuerzas más bien en nuestra ventaja que en nuestro perjuicio.

En la guerra mundial sufrimos una derrota espantosa. Todo el mundo reconoce ahora que esa derrota estuvo determinada por tres causas fundamentales.

La primera, nuestro atraso técnico. La técnica militar es un derivado del conjunto de la potencia económica del país. Nosotros estábamos atrasados, económica y técnicamente. En la primera fase de la guerra esto no se hizo notar mucho porque habíamos podido crear ciertas reservas de los artefactos de muerte necesarios a una sociedad de clases, pero a medida que la guerra se prolongó, que los medios materiales de hacerla se usaron, fueron aumentadas las exigencias al organismo económico del país, y se puso de manifiesto cada vez más el atraso económico y por consiguiente nuestra debilidad.

La segunda causa reside en el material humano del ejército, la masa de soldados. Los millones de campesinos rusos, aplastados por el zarismo, por la ignorancia, por la necesidad, carecían de la iniciativa y la inventiva personal que son consustanciales con los nuevos métodos de guerra engendrados por la nueva técnica. Arrancado de la aldea, imbuido de los viejos prejuicios, sin hábito alguno de iniciativa personal, al campesino le era difícil desenvolverse en las condiciones de la guerra actual. Moría heroicamente, sucumbía, pero era muy débil como individualidad militar.

Y, finalmente, la tercera causa, ha sido el cuerpo de mando, al cual (con razón o sin ella) la masa de soldados atribuía la responsabilidad de todo fracaso, de toda sangre vertida inútilmente, de todas las humillaciones, precisamente por ser el cuerpo de mando y porque este cuerpo de mando estaba íntimamente vinculado, por todo su pasado, con las clases dominantes. Y ante la conciencia de los soldados de filas esas clases habían

tenido en sus manos los destinos del país, lo habían llevado a la guerra y lo habían hundido en una espantosa derrota. De ahí ese cisma entre la masa de soldados y el cuerpo de mando, cisma que en determinados momentos de la revolución tomó el giro dramático, sangriento, que todos conocemos.

Si nos preguntamos ahora qué cambios han introducido en esos tres factores los últimos acontecimientos, los acontecimientos de los últimos años y meses, debemos reconocer que en cuanto al primero, la técnica, no nos hemos hecho (la cosa es evidente) más fuertes. Pero todos los países se han debilitado considerablemente. El organismo de la técnica alemana es incomparable, inigualable, incluso entre los países europeos mismos, pero basta con arrancar a este perfecto organismo, o más bien mecanismo, uno u otro de sus eslabones, para que se desagregue completamente. En un sitio faltan tales o cuales metales raros, en otro lugar falta combustible o petróleo, en distintos países faltan cosas distintas y, a consecuencia de todo ello la industria de guerra se desorganiza.

En Alemania, la cosa llega ya a la catástrofe. Mañana se manifestará en Francia y en Inglaterra, y después en América, en todos los países. Por consiguiente, todos estamos en el mismo camino de miseria, de agotamiento.

Veamos ahora la masa de soldados y la prueba de la guerra, con todo su cortejo de calamidades y humillaciones. La colosal sacudida revolucionaria ha despertado, ante todo, la personalidad humana del campesino acosado, acorralado, inculto. Ciertamente que las gentes no acostumbradas a la revolución y a su psicología, que no han vivido primero ideológicamente lo que luego se desarrolló ante ellos físicamente, materialmente, podían contemplar con cierto horror, si no con repulsión, el desencadenamiento de la arbitrariedad y de la anarquía que aparece en la superficie de los acontecimientos revolucionarios. Pero en este desbordamiento de los fenómenos más negativos, cuando el esclavo de ayer, el soldado, que se encuentra en un vagón de primera clase, arranca el revestimiento de terciopelo para arrollárselo en los pies, en este mismo vandalismo, había el despertar de la personalidad. Ese campesino ruso perseguido, acosado, al que se abofeteaba y se injuriaba con la mayor bajeza, se encontraba, por primera vez seguramente, en un vagón de primera clase, veía el terciopelo mientras sus pies estaban envueltos en trapos hediondos, y lo arrancaba diciéndose que él tenía derecho a un trozo de buen paño o de terciopelo. Al segundo o tercer día, al mes o al año, no, al mes, comprendía ya lo feo que era destruir el bien público, pero el despertar de su personalidad, de su individualidad, de no ser un número sino una persona humana, quedaba en él para siempre. La tarea pasaba a ser hacer entrar esta personalidad en el marco de la colectividad, lograr que se sienta, no un número o un esclavo, como antes, y no sólo un Ivanov o un Petrov, sino un Ivanov-personalidad y, al mismo tiempo, un componente de la colectividad nacional, sin esclavos y sin amos. He aquí la tarea de la educación en el amplio sentido del concepto. Y en este sentido hemos dado, sin duda alguna, un gran paso adelante. En este periodo no sólo se ha transformado completamente el proletariado de las ciudades sino, también, millones de campesinos. Baussy, revolucionario francés, dijo una vez que en seis años de revolución el pueblo de Francia había acumulado más experiencia que en seis siglos.

Carlos Marx decía que la revolución es la locomotora de la historia. Y así es. Durante este periodo el campesino ruso, pese a su grosería, sus prejuicios, su ignorancia, se ha regenerado interiormente, haciéndose capaz de mucha mayor iniciativa e independencia. Y cuando haya asimilado hasta el fin las lecciones de la historia, este pueblo, humillado durante siglos, realizará un gran salto adelante, se pondrá al mismo nivel que otros pueblos, o tal vez los adelantará.

La tercera cuestión es la relativa al personal de mando, la cuestión más delicada en este momento. Aquí, en esa asamblea de los académicos de hoy y de mañana, podemos abordarla con la cierta distancia de los acontecimientos, y con una objetividad que no nos permitíamos, y no podíamos permitirnos, en la lucha revolucionaria; podemos darnos

cuenta psicológicamente de cómo y por qué amplios círculos de la antigua oficialidad no entraron y no querían entrar en las filas del ejército obrero y campesino. Había los que se vendían, pero había también, sin duda, hombres honestos. A esta observación se refiere mi alusión a la objetividad... Había hombres honestos, pero por su psicología, sus hábitos, sus concepciones y juicios, se desarrollaron como un grupo histórico particular, en el que ya no podía haber cambios y constituía, en cierta medida, un todo compacto. Otros supieron comprender (representan, naturalmente, un tipo superior) que no se trataba de caprichos de una banda de ignorantes, ni de arbitrariedades de un partido determinado, sino de un desplazamiento profundo, podríamos decir geológico, de las bases sociales de la vida, y que luchar contra él recurriendo a maldiciones o sediciones de guardias blancos era, en el mejor de los casos, quijotismo lastimoso y vergonzoso. Pero también hubo muchos que no fueron capaces de someterse al espíritu de la nueva época. Acudieron a las filas del Ejército Rojo Obrero y Campesino como agentes de nuestros enemigos. Tal vez quede aún cierto porcentaje de éstos. Pero había los que veían más lejos, los que comprendieron que nuestro país se izaba a un nivel más elevado que el de los pantanos ensangrentados a donde lo habían llevado los sufrimientos y las humillaciones de esta guerra atroz. Estos eran pocos.

Nosotros comenzamos a crear el nuevo cuerpo de mando a partir del medio obrero y campesino. Este nuevo personal es todavía muy insuficiente en número y muy insuficiente en calidad, porque no tenemos comandantes, oficiales rojos con formación superior, que procedan de ese medio.

Colmar esta laguna es la tarea de la presente academia. Si la tarea de creación y formación de soldados y comandantes tiene un doble carácter (de educación y de instrucción) debemos decir que estamos ante una transformación histórica, porque esta promoción de la educación social facilitará en alto grado la educación militar; no hace falta ser comunista, viejo revolucionario, para comprender (en todo caso, para comprenderlo ahora) que el viejo sistema de educación, ese que tuvo su expresión clásica en Alemania, y que allí mismo ha sufrido su bancarrota clásica, se reducía a reclutar millones de hombres pertenecientes a las clases oprimidas, a las clases trabajadoras, para educarlos de tal manera que apoyaran el orden político que favorecía y reforzaba su propia opresión. De ahí provenían las dificultades de la antigua educación. Era una domesticación social complicada, que consumía mucho tiempo, atención y fuerzas. Nuestra educación social y militar (y digo “nuestra” en el sentido de “nuestra época”) consiste en hacer que cada soldado obrero y campesino comprenda la colectividad que sirve a sus intereses y sólo a sus intereses. Nuestra ventaja reside en que no tenemos nada que ocultar al obrero y al campesino, porque todos los errores de nuestro régimen son errores de la dominación de los obreros y campesinos. El abastecimiento se distribuye mal no porque la burguesía, o la nobleza, o el zar, se apoderen de los víveres, sino porque los campesinos y los obreros no han aprendido a distribuirlos como se debe. De ahí una conclusión: aprended. Nuestro abastecimiento militar no es lo que debería ser. Hay muchas lagunas por todas partes. Las denunciemos demasiado poco en la prensa. En una conversación con el presidente de la Alta Inspección Militar<sup>2</sup> he insistido en que se saquen a la luz del día, se desentierren y se expongan abiertamente, todas las lagunas, todos los defectos de nuestro mecanismo, porque no tenemos nada que ocultar a las clases llamadas a ejercer la dominación, a las clases trabajadoras. En esto consiste la enorme superioridad de la situación en que se encuentran los actuales comandantes. Si exigen una disciplina severa (y tienen el deber de exigirla), si alzan su voz en este sentido, nadie puede decir

---

<sup>2</sup> El Presidente de la Inspección Superior Militar era Nikolai Ilich Podvoiski. La inspección fue creada en abril de 1918 y desempeñó un papel importante en la reorganización del ejército y en su paso a formas regulares. Sus visitas a las unidades eran acompañadas de grandes cambios en el personal de mando y en los comisarios, de la fijación de puntos de vista comunes sobre todas las cuestiones del trabajo militar. La inspección se dividía en dos secciones: militar y política.

que lo hacen en nombre de los intereses de los nobles y del zar. Dirá que ha sido nombrado por el poder soviético de Rusia, encarnado por su órgano supremo, el congreso panruso de diputados obreros, campesinos y soldados. Gozan así de una autoridad moral colosal, como no tiene (en comparación con este nuevo oficial ruso) ningún oficial en el mundo.

Comencé diciendo que la academia no puede estar al margen de la política. Su tarea consiste en hacer comprender a los oficiales que pasen por ella el carácter de las nuevas condiciones, la naturaleza de las nuevas clases y del nuevo ejército que está a su servicio. Y enseñarles a aplicar, para esas nuevas clases y ese nuevo ejército, aquellas conclusiones de la ciencia y la técnica militar extraídas de la guerra moderna.

Los especialistas han depurado y liberado el programa de la academia de sus componentes arcaicos puramente “académicos”. No necesitamos estudiar ahora, en este breve periodo que nos concede la historia, cómo los griegos, los romanos y las gentes de la Edad Media resolvían los problemas militares. Ahora contamos con cuatro años de guerra en la cual tuvieron aplicación todas las contribuciones de todos los países, de todas las naciones, de todas las épocas; años en que los hombres, por un lado, volaban sobre las nubes y, por otro, se deslizaban en las cavernas, en los subterráneos fangosos de las trincheras, como topos, como trogloditas. Todos los polos y todas las contradicciones de la exterminación de los pueblos entre sí encontraron su aplicación, y si la academia quiere (y lo quiere), si puede y sabe (y lo podrá y lo sabrá) movilizará ese material de la última guerra y armará con las debidas conclusiones prácticas, rindiéndole así un gran servicio, a nuestro personal de mando. Y no se detendrá ahí, precisamente porque será una academia libre del pedantismo, de la rutina y del mandarinato, no concebida en los espacios celestes sino bajo la impulsión directa de la práctica, de la necesidad interior. Tenemos necesidad de ello. Ineluctablemente. Tenemos la obligación de defender nuestro país, convertido en país laborioso y honesto de los obreros y campesinos. Nuestro deber es defenderlo contra todo ataque y toda tentativa de asfixiarlo.

En las amplias masas del pueblo ruso hay esa voluntad de defensa. Es la voluntad de la clase obrera y del campesinado. Y la iniciativa de estas clases, su conciencia, su espíritu emprendedor, se han elevado incontestablemente.

Sólo les falta, en muchos casos, una dirección militar. En la persona de los aquí presentes yo felicito de nuevo a la Rusia soviética en esta inauguración solemne de nuestra escuela militar superior.

¡Viva la Academia Militar de Ejército Rojo de Obreros y Campesinos! ¡Viva este Ejército Rojo de Obreros y Campesinos! ¡Hurra!

8 de noviembre de 1918

[Edicions Internacionals Sedov](#)

Serie: [Trotsky en internet y en castellano](#)

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)